

La rifa del pavo

MIAMI

1968-1969

CHUCK TRAYNOR: Quería tener un local con chicas en *topless* porque quería estar rodeado de chicas en *topless*; tener un bar era una buena excusa. Ganaba un buen dinero como piloto de avioneta, fumigando los naranjales de la marca de zumos Minute Maid y luego en el Ocean Reef Club. Pero los bares eran caros, así que acabé comprando una vieja cervecería cutre en la calle 123 de North Miami Beach. Creo que pagué unos 2.000 dólares por ella. Estaba hecha polvo.

LINDA LOVELACE (ACTRIZ PORNO): Estaba entrando en la Taconic State Parkway de Nueva York; iba en segunda. Llovía. De repente, en dirección contraria, apareció un Chrysler enorme zumbando cuesta abajo. Vi claramente que iba a patinar y que se iba a saltar la mediana de la autopista. Todo esto sucedió en dos segundos.

Salí disparada hacia el parabrisas, golpeándome en la frente y en la cara; parte de un ojo me colgaba de la cuenca, tenía la mandíbula rota y los dientes de abajo asomaban por el mentón. El volante me rompió varias costillas y me perforó el bazo.

Después sufrí un desgarro en el intestino y peritonitis.

CHUCK TRAYNOR: Pintamos el local, instalamos focos de luces, contraté a unas cuantas chicas y lo llamamos Las Vegas Inn. Era una cervecería con espectáculo *topless*. Pero como mi clientela estaba compuesta en su gran mayoría de moteros y obreros de la construcción, el local pronto pasó a ser una cervecería con espectáculo *nudista*. Es decir, que mis chicas estaban

completamente en bolas a pesar de que no deberían haberlo estado, pero lo hacían a puerta cerrada y, afortunadamente, nunca lo hicieron delante de un agente de la ATF².

LINDA LOVELACE: Cuando me dieron el alta en el hospital, regresé a Florida a vivir con mis padres para recuperarme, pero mi madre fue muy dura conmigo. «Tienes que estar de vuelta en casa antes de las once. Llámame cuando llegues y así sabremos dónde estás y con quién». Si llegaba un minuto después de las once, me daba una bofetada.

Yo acababa de cumplir veintidós años.

CHUCK TRAYNOR: Tenía una espaciosa casa de dos pisos. Yo vivía abajo con tres o cuatro chicas y en el piso de arriba teníamos una habitación que sólo usábamos para chingar. Entonces, un amigo mío, Warren, cortó con su parienta y me dijo: «Chuck, necesito un sitio en el que poder quedarme un par de días».

«Vale», le dije. «Puedes venirte a mi casa. Quédate el piso de arriba».

LINDA LOVELACE: Mi madre llegaba hasta el extremo de pedirle a mis citas que le enseñaran el carné de conducir, para asegurarse de que no tenían antecedentes. Y la mayoría de los chicos con los que salía le habían pedido prestado el coche a sus padres, y mi madre les preguntaba si tenían cuenta corriente y cuánto tenían ahorrado. Es decir, *buf*, demasiadas reglas.

CHUCK TRAYNOR: No creo que Linda fuera prostituta antes de conocerme y francamente no puede decirse que lo fuera después. Pero desde luego no era la chica inocente y pueblerina del norte de Nueva York que ahora afirma haber sido.

Cuando la conocí, estaba saliendo con otro tío casado, un motero que solía venir continuamente a mi bar. Fue él quien me habló de ella. Era una chavala alegre, de las que van saltando de cama en cama.

LINDA LOVELACE: Fue mi mejor amiga, Patsy, la que me presentó a Chuck Traynor. Él le había dicho que estaba buscando modelos para posar en bañador o algo por el estilo.

2. *Bureau of Alcohol, Tobacco and Firearms*, organismo federal encargado de investigar infracciones relacionadas con el comercio o el transporte ilegal de alcohol, tabaco y armas.

Patsy no salía con él, pero había bailado en *topless* en su bar. Ella no le daba mayor importancia, pero yo nunca lo hubiera hecho.

CHUCK TRAYNOR: Una noche, Patsy se trajo a Linda al bar. Era una chavala mona, delgaducha, pero tenía una cicatriz enorme en el cuerpo.

Patsy dijo: «Oh, se deprime mucho, porque nadie quiere salir con ella por culpa de la cicatriz».

Más adelante, se me ocurrió la idea de ponerle un collar grande para cubrir la cicatriz. Le enseñé a colocarse las cuentas por delante y a bailar en *topless*. Incluso cuando se mueve, el collar crea una sombra. De modo que siempre llamaba la atención más que la cicatriz.

LINDA LOVELACE: Cuando conocí a Chuck, tenía un Jaguar y un bar. Parecía que se lo había montado bien en la vida. De modo que mi madre no le dio el tratamiento habitual, no le hizo preguntas.

Creo que se libró de decirle cuánto tenía en la cuenta corriente al decirle que era dueño de un bar. Y además conducía un Jaguar XKE.

A mi madre le impresionó mucho eso.

CHUCK TRAYNOR: Le dije a Patsy: «Oye, tengo un compañero de piso, Warren. A lo mejor podíamos salir los cuatro juntos a tomar algo». O sea que básicamente fue una doble cita. Warren tenía uno de esos Mustang Mach II súper pijos. Así que Linda empezó a salir con Warren y se mudó a mi casa con él.

LINDA LOVELACE: Chuck me dijo que podía quedarme en su casa y así no tendría a mi madre controlando constantemente a qué hora volvía por la noche y cosas así. Lo consideré una buena oportunidad para mí en varios aspectos.

CHUCK TRAYNOR: Una vez que tenía que subir al primer piso para darme una ducha, le dije a Warren: «Oye, ¿quieres darte una ducha con Linda y conmigo?». Y Warren dijo que sí. Así que los tres nos dimos una ducha juntos. Linda era de todo menos virgen.

LINDA LOVELACE: Chuck siempre tenía cantidad de dinero, y me sacaba a cenar. Si salíamos a dar una vuelta en el coche y veíamos alguna tienda, paraba y me compraba camisetas o alguna pieza de bisutería. Un rollo muy hippie.

Pero creo que su coche era lo que más me impresionaba de él.

CHUCK TRAYNOR: A pesar de que Warren acabó regresando con su esposa, Linda siguió viviendo en mi casa, y yo me acostaba con otras tres o cuatro chicas que vivían conmigo.

Teníamos una cama de agua gigantesca y Linda pasó a ser una más entre las chicas de la cama de agua. Era un rollo completamente abierto. Quiero decir, que las chicas se pasaban la mayor parte del tiempo en casa desnudas, probablemente porque también se pasaban la mayor parte del tiempo desnudas en el bar.

LINDA LOVELACE: Siendo más joven, mi padre y yo habíamos compartido una relación muy estrecha, a pesar de que yo tenía una hermanastra. Luego, cuando yo tenía dieciséis años, nos mudamos a Florida y mi madre empezó a experimentar ciertos cambios, y pasó a portarse de una manera muy extraña.

Nos acusó a mi padre y a mí de tener un lío amoroso, porque él quería comprarme un coche deportivo con el que poder ir a la universidad. Sencillamente se sentía orgulloso de mí y quería sentirse bien haciendo algo por mí.

Pero mi madre se sacó de la manga todas aquellas extrañas acusaciones y, poco a poco, la relación con mi padre fue menguando hasta quedarse en nada.

LENNY CAMP (FOTÓGRAFO/CONDENADO POR PORNOGRAFÍA INFANTIL): Linda seguía a Chuck a todas partes como un perrillo faldero. Había leído que el modo para hacer que tu amado se enamore de ti es escribir tu nombre en sus zapatos, en el retrete, en las botellas de leche...

Linda escribía: «Linda y Chuck, Chuck y Linda, Linda y Chuck» en todo tipo de papeles y luego los dejaba por toda la casa. Clavados a la pared, pegados a la nevera...

LINDA LOVELACE: Chuck no era feo, así que empecé a salir con él. Al principio era un caballero, un auténtico ser humano, ¿sabes? Me abría la puerta del coche, me encendía los cigarrillos...

CHUCK TRAYNOR: Linda nunca fue una novia estable ni nada por el estilo mientras vivimos en la casa. En aquel entonces salía con la hija de un médico, Ginger, que tenía unos quince o dieciséis años.

Era curioso, su padre me odiaba porque yo pasaba de los veinticinco y allí estaba, con su «virginal» hija.

LENNY CAMP: Chuck era un tío divertido. Las chicas se enamoraban perdidamente de él, ¿sabes? La primera novia que tuvo tenía dieciocho años, pero estaba locamente enamorada de él. La tenía completamente camelada. Habría hecho lo que fuera por él. *Lo que fuera.*

LINDA LOVELACE: En aquel bar pasaban muchas cosas extrañas. Cuando llegábamos para hacer la caja, las chicas solían decirle a Chuck que esperara un poco, que no entrara aún. Pero una noche, cuando llegamos, encontramos a las chicas en *topless* y algunas iban completamente desnudas. Sólo diré que en aquel sitio se llevaban a cabo algunas extrañas perversiones.

Chuck dijo: «Debería haber llamado antes para asegurarme de que todo iba bien. Estas chicas se me están descontrolando. ¡Voy a tener que ponerle freno a esto!».

CHUCK TRAYNOR: Solíamos rifar un pavo, pero en realidad lo que rifábamos era otra cosa. Los viernes por la noche, todo el mundo pagaba un dólar a cambio de un boleto y sacaba un número de un sombrero. Después hacíamos el sorteo y si te había tocado un número del uno al siete —uno por cada una de las siete chicas— ganabas a la chica cuyo número habías sacado. Podías montártelo con ella a cambio de lo que te diera la gana. De todos modos estaba vendiendo boletos por valor de quinientos o seiscientos dólares a la semana. Pero si no te conocíamos, si pensábamos que eras un poli, entonces ganabas el pavo.

Siempre podías identificar a los polis y lo que hacíamos era sacarles un viejo pavo congelado de la nevera.

Y ellos decían: «¿Qué es esto?».

Y yo: «Es el pavo que acaba de ganar».

Y él decía: «Pero, yo pensaba que...»

Y yo decía: «¿Pensaba *qué*? ¿Qué es lo que *pensaba*?».

Nos salimos con la nuestra durante mucho, mucho tiempo. Pero la pasma siempre me buscó las cosquillas.

LINDA LOVELACE: Las chicas del bar se prostituían con los clientes; organizaban orgías después de la hora de cierre. Yo era muy ingenua respecto a ese tipo de cosas, de verdad que lo era.

Hasta que Chuck me dijo: «Bueno, pues ésa es puta, y ésa es yonqui, y ésa es prostituta...».

CHUCK TRAYNOR: A Linda no le hizo demasiada gracia.

LINDA LOVELACE: Chuck me dijo: «Antes tenía un negocio, en el que solía juntar a la gente para que pudieran pasar un rato juntos». Con el tiempo me di cuenta de que estaba hablando de prostitución.

BILL KELLY: En lo que a mí respectaba, Chuck Traynor era un pez pequeño. No jugaba en primera división ni mucho menos. Así que no creo que llegara nunca a investigarle seriamente.

Para mí Chuck Traynor siempre fue un chuloputas. ¿Qué otra cosa iba a llamarle? ¿El agente de la señorita Lovelace?

CHUCK TRAYNOR: En aquel entonces Linda no tenía problemas con nada de todo aquello. Ahora dice que las orgías estaban organizadas y que había prostitución y que ella lo odiaba y que yo la pegaba si no participaba, pero todo eso es mentira. Lo que pasa es que la gente se colocaba y luego se corrían una juerga, ¿sabes?

Si consigues triunfar allí, triunfarás en cualquier parte

NUEVA YORK

1969-1970

HARRY REEMS (ACTOR PORNO): En 1969, todo el mundo en el East Village iba a triunfar como actor. Ya fueras a una manifestación en contra de la guerra de Vietnam o a un restaurante macrobiótico, lo único de lo que se hablaba era de las pruebas de *casting*.

MARILYN CHAMBERS (ACTRIZ PORNO): Me crié en Westport, Connecticut, a unos 80 kilómetros al oeste de Nueva York. A los dieciséis años aprendí a imitar la firma de mi madre en las notas para la escuela y hacía pellas para ir en tren a la ciudad para presentarme a pruebas de *casting*.

Toda mi infancia me la pasé delante de un espejo, poniendo las bandas sonoras de *West Side Story* y *Un beso para Birdie*. Para ser sincera, lo que quería era ser Ann-Margret.

ERIC EDWARDS (ACTOR PORNO): Mientras estudiaba en la universidad de Waco, Tejas, recibí una beca de la cadena de televisión ABC para ir a Nueva York a estudiar en la Academia Americana de Arte Dramático.

A las pruebas se presentaron veinte mil personas de todo el país y creo que sólo eligieron a dieciséis. Quiero decir, que aquello fue el momento culminante de mi carrera, fue como una piedra fundacional. Recibí cartas de Lillian Gish, del presidente de la ABC, de los principales ejecutivos, diciendo: «Le ha sido concedida una beca para venir a Nueva York».

De hecho, fue Lillian Gish quien me entregó mi diploma. Henry Fonda estaba allí, en el *backstage*. Hablé con él completamente impresionado. Sentí como si me fundiera por dentro.

GEORGINA SPELVIN (ACTRIZ PORNO): Una de mis primeras experiencias en Nueva York fue cuando de la oficina de empleo me enviaron a una agencia de modelos. Se trataba de un estudio de primera clase y tenía que preguntar por alguien con uno de estos dos nombres de peluquero: «El señor Charles» o «El señor Gary».

Después de que todo el mundo se hubiera marchado, el tipo me metió al estudio y, en el transcurso de una larga sesión fotográfica, acabó por emborracharme, desnudarme y follarme. Ni siquiera recuerdo cómo llegué a casa; perdí el conocimiento a mitad del polvo. De modo que nunca tuve la oportunidad de decirle que tenía la gonorrea. Me pregunto cuánto tiempo le llevaría darse cuenta de que se la había pegado y relacionarla conmigo.

MARILYN CHAMBERS: Mi padre trabajaba en la industria publicitaria e hizo cuanto estuvo en su mano para intentar convencerme de que no fuera modelo. Uno de sus clientes más importantes era Avon («¡Ding Dong! ¡Avon llama!»), así que sabía de lo que hablaba.

«Es un negocio despiadado», me dijo. «Es un auténtico asco. Y no quiero verte metida en él».

ERIC EDWARDS: Cuando llegué a Nueva York me cogieron en la agencia William Morris. Firmé un contrato por tres años con ellos. Me enviaron a varias pruebas en diversas productoras de cine y me encontraron trabajos —salí en la tele en un anuncio de la pasta de dientes Close-Up y en otro de Gillette Trac II—.

HARRY REEMS: Me apunté a unas clases de actuación gratuitas en mi barrio y... ¡presto! Me encontré declamando *Coriolano* en una cafetería alternativa en la que los actores podían pasar el sombrero al final de cada interpretación. Era un histriónico del copón. Era pésimo.

Pero aquellas monedas en el fondo del sombrero me mantuvieron de algún modo con vida hasta que mi compañero de piso desapareció en busca de pastos más verdes. De un día para otro, pasé de las hamburguesas con judías a los avisos de desahucio y la beneficencia.

MARILYN CHAMBERS: Supuse que el mejor modo de acabar siendo actriz era hacerme modelo. Así que fui a la agencia de modelos Eileen Ford y Eileen Ford me dijo que estaba demasiado gorda. Y que mi rostro no era lo suficientemente angular. Y que era demasiado plana. Me sentí completamente humillada. Entonces mi padre empezó a decirme: «Bueno, es que estás demasiado gorda». Pero no lo estaba. *Nunca* estuve gorda.

GEORGINA SPELVIN: Yo quería ser bailarina. Mi primer amor siempre ha sido el ballet; todavía sigo pensando que es la cumbre del baile. Y aún practico sus principios a diario. Pero nunca tuve la preparación ni el cuerpo necesarios para ser bailarina.

Sin embargo, fui lo suficientemente afortunada como para conseguir trabajo de bailarina sustituta en *Juego de pijamas*, en Broadway. De ahí pasé al coro y, finalmente, me hicieron reemplazo de la protagonista. Cuando la chica que interpretaba el papel, Neile Adams, decidió que prefería dejarlo todo para casarse con Steve McQueen, tuve la oportunidad de ser la protagonista durante el último año de representaciones en Nueva York. Luego, me invitaron a recrear la coreografía y el papel en una compañía que iba a ir de gira por Sudáfrica.

SHARON MITCHELL (ACTRIZ PORNO): Mi padre era policía. Un policía alcohólico y disfuncional. Ya sabes, un mujeriego. Mi tipo de hombre, ja, ja, ja. Me he pasado la vida siguiendo su ejemplo y buscando a otros que fueran iguales. Me enseñó muchas lecciones interesantes: a mentir, a engañar, a asociarte con criminales. De pequeña siempre tuve un tío Don, un tío Vito...

Echando ahora la vista atrás, me doy cuenta de que tenía todos los juguetes del mundo. Y teníamos lavavajillas y secadoras y de todo. Quiero decir, que los policías tampoco cobran tanto y sin embargo teníamos una casa enorme. Hasta que mi madre le dio en la cabeza con una sartén —porque se pasaba las noches fuera follándose a otra— y su matrimonio acabó poco después.

MARILYN CHAMBERS: Después de aquello fui a la agencia de modelos Wilhelmina, y... Dios, Wilhelmina fue tan amable conmigo... Me aceptó y me contrató. Me sentí muy emocionada.

Sin embargo, no conseguí demasiados trabajos como modelo. Era difícil porque en aquel momento estaba de moda Twiggy —delgada y de pecho muy plano—. Y a pesar de que yo tampoco es que tuviera un buen par de tetas, lo cierto es que era muy atlética.

Hice un anuncio para Clairol y me echaron a perder el pelo. Se me caía en la pila. Fue horrible.

GEORGINA SPELVIN: Cuando regresé de Sudáfrica, me resultó imposible volver a meterme en otro musical de Broadway. Trabajé en algún que otro espectáculo itinerante y en compañías de segunda y en lo que fuese que me saliera, pero no volví a Broadway hasta *Cabaret*. Y, de nuevo,

fue como sustituta y durante el último año y medio de representaciones. Pero, para entonces, empezaba a ser demasiado mayor para ser bailarina. Y estaba cansada de no tener dinero nunca.

ERIC EDWARDS: Tenía varios anuncios para marcas importantes que aún me generaban buenos royalties, pero aún así había veces que me costaba pagar el alquiler. Y no era sólo el alquiler.

En aquel momento me estaba divorciando y pensé que la industria del porno me ayudaría a demostrar que era una persona sexual. A mi esposa no le interesaba demasiado el sexo. Me culpaba a mí por todos nuestros problemas. Y yo la creí. Pensaba que era un desastre en la cama.

De modo que cuando vi en la revista *Screw* un anuncio diciendo que buscaban actores y actrices dispuestos a, ya sabes, quitarse la ropa y «hacerlo», les envié una foto.

GEORGINA SPELVIN: Empecé a trabajar para la compañía JCPenney, en el departamento audiovisual, creando pases de diapositivas, bandas sonoras, cantidad de trabajos técnicos. Y estando allí grabamos una serie de cortometrajes, lo que llamaban presentaciones comerciales, en varios grandes almacenes.

Me quedé completamente fascinada por el proceso de grabación y edición. Pensé: «¡Por fin! ¡Esto es lo que quiero hacer cuando sea mayor! ¡Gracias!».

HARRY REEMS: Un día, dos viejas veteranas del *burlesque* aparecieron por el taller en busca de un «tercer plátano», un actor joven que las ayudara a representar todos los números que llevaban utilizándose en el circuito desde el principio de los tiempos: el del manicomio, el de la partida de golf, el del médico loco...

Las viejas me ofrecieron ciento setenta y cinco pavos y con ellas que me fui. Primera parada: Staten Island. Después: Atlantic City. Allí, conseguimos estar entre las principales atracciones, por detrás únicamente de la cabeza de cartel, Damita Jo, y de «La Asombrosa Assie: Intérprete de Exótica», lo que quería decir *stripper*.

SHARON MITCHELL: Crecí en Jersey. Era una paleta y era adoptada. En mi familia eran granjeros. A Nueva Jersey lo llamaban «el Estado jardín», no había más que vaquerías y granjas y bosques y nieve y animales.

Mi padre no le pagaba la pensión a mi madre. Así que mi madre, mi abuela y yo nos las apañábamos solas. Mi futuro era muy poco halagüeño.

La casa era como la de *La ruta del tabaco*. Me daba auténtica vergüenza que me vieran entrar en ella. Cuando el autobús de la escuela me dejaba a la vuelta, me dirigía hacia la casa de los vecinos.

HARRY REEMS: Assie le hacía justicia a su nombre artístico. Era una portorriqueña preciosa. Cuando salía al escenario decía: «Hola, soy Assie, ¿os gustaría verme el conejito?». Y entonces se levantaba la falda y por debajo llevaba puesto un tanga con un conejo estampado. Para mí, fue amor a primera vista.

TEMPEST STORM: Lo llamaban un «centelleo». Consistía en quitarse el tanga de un tirón, a toda velocidad. Justo delante de tus morros. La mayoría de la chicas estaban dispuestas a hacer lo que hiciera falta. Dejé de importar que tuvieran arte; sencillamente se convirtió en una manera de ganar dinero rápido, cosa que tampoco voy a criticar. A cada cual lo suyo.

SHARON MITCHELL: Cuando has sido adoptada a través de la iglesia católica, tienes que acudir a una escuela parroquial. Es una condición que viene con el niño y que no puede romperse. Y las monjas aparecen una vez al mes por casa para echarte un vistazo. Es como un contrato de arrendamiento y si lo incumples te llevan de vuelta y te venden a otro, probablemente a un zoológico o a un circo, ¿sabes?

Tenía uniforme, pero creo que lo destrocé, porque no veía el momento de largarme de la escuela católica. Creo que lo hice poco después de haber terminado secundaria, después de mi confirmación. Has de pasar por un montón de sacramentos y luego te dejan salir. Pero había una condición: tenía que ir a catecismo, lo que me parecía bien.

Eran los sesenta y mi madre salió a comprarme mi primer conjunto de color para ir al instituto. Era una pequeña minifalda rosa y morada, con flores estampadas. Tenía medias de rejilla moradas con su ligero y todo.

Y tenía un pantaloncito corto.

HARRY REEMS: Aquellas primeras noches no podía quitarle los ojos de encima a Assie. La cuarta o quinta noche me preguntó si me gustaría salir con ella después del último número. Una amiga suya era camarera en un club cercano.

La amiga nos atiborró a cócteles y acabamos pedo. Salimos del club al amanecer. Assie aceptó tomar la última —sólo una— en mi cochambrosa habitación.

Por muy borracho que estuviera, seguía estando nervioso de cojones.

MARILYN CHAMBERS: Afortunadamente, se puso de moda el *look* Cybill Shepherd y empezó a resultarme más fácil conseguir trabajo. Me llamaban una o dos veces por semana.

Entonces me llamaron de Procter & Gamble para hacerme una prueba para la nueva caja del jabón Ivory Snow. Quedé finalista y tuve que ir a conocer a los clientes —un montón de hombres vestidos con trajes de tres piezas— que me sacaron a cenar. Fueron muy majos.

Poco podía sospechar la ingenua Marilyn que lo que todo el mundo pretende siempre es llevarte a la cama. Sólo pensaba: «Qué suerte, les he caído bien».

HARRY REEMS: Assie la chupaba de maravilla, pero sólo hasta cierto momento. Después pasamos a mayores. Como siempre, adopté la postura del misionero.

«Harry», me dijo Assie, «me caes bien. Eres un chaval majo. Pero tienes muchas cosas que aprender sobre cómo hacer feliz a una mujer».

SHARON MITCHELL: Follaba a menudo borracha, principalmente con chicos bastante más mayores en sus Camaros. Nunca salía con gente de mi edad. Solía ir a los bares y tirarme a los obreros de las fábricas. No sé por qué. Supongo que sencillamente estaban a mano y podía beber con ellos.

Y luego me acostaba con mis amigas.

La primera fue cuando estaba en sexto. Seduje a una de mis amigas, con la excusa de comparar nuestros chochos o algo por el estilo, y ella se dejó hacer encantada.

Después me follé a todos sus hermanos. Me acosté con toda la familia. Fue una especie de hazaña. Eran muy majos todos. Mi favorito no fue el hermano mayor, el que me había desflorado, aunque era muy simpático, sino el hermano pequeño, que era más tierno; solía abrazarme después de haber acabado. Me parecía algo muy bonito.

Luego hubo una ocasión en la que nos acostamos los tres juntos: mi amiga, su hermano y yo.

HARRY REEMS: Parecía que folláramos a todas horas, por no decir en todas partes. Era idílico. Assie tenía treinta y un años y yo tenía veintiuno. Se me salía el sexo por las orejas.

MARILYN CHAMBERS: Conseguí el trabajo y me sentí eufórica. Pensé: «Uauh, cómo mola. ¡Llevan con esta caja completamente anticuada desde los años cincuenta y ahora van a cambiarla para poner una foto mía!».

HARRY REEMS: Cuando volvimos a Nueva York de Atlantic City, las cosas no siguieron igual entre Assie y yo. Ella tenía un espectáculo de dos semanas en un teatro de variedades en la calle Cuarenta y siete oeste, pero la criminalidad y la suciedad de Nueva York acabaron por desanimarla. Quería regresar a Puerto Rico, con su familia, y quizá abrir allí un salón de belleza.

De modo que Assie volvió a Puerto Rico, mientras yo estudiaba obsesivamente los anuncios clasificados de revistas del gremio como *Backstage* y *Show Business*. Conseguí un empleo por veinticinco dólares a la semana y un contrato de obra actuando en una obra muy rara titulada *Spirit Orgasmics* en el Café La Mama, en el East Village. Fue un fracaso.

«A la mierda», le dije a mi compañero de piso. «Me voy a Puerto Rico».

MARILYN CHAMBERS: Cuando fui a la sesión fotográfica para la caja del jabón Ivory Snow, uno de los fotógrafos resultó ser un señor muy, muy mayor. Tenían un bebé para que lo sostuviera en brazos, pero cuando trabajas con niños tienes un margen de tiempo muy limitado. Luego tienen que dormir. De modo que cada vez que el bebé se echaba a dormir, aquel viejo fotógrafo se ponía a perseguirme por todo el estudio intentando meterme mano.

SHARON MITCHELL: Me casé a los diecisiete años. Larry Kipp. En cuanto le conocí me di cuenta de que estaba loco. Mi familia me organizó una boda increíble, pero yo lo único que podía pensar era: «¡Menudo marrón!».

Sólo me presenté en la boda porque me sabía mal que mi familia se hubiera gastado aquel dinero. «A la mierda», dijeron ellos, «si no eres feliz, lo matamos». Una vez mi padre le había hecho algo a un novio que me había pegado. Lo metió en la cárcel para siempre. Así que le dije: «No, papi, no mates a Larry».

HARRY REEMS: Cuando llegué a Puerto Rico, Assie me dijo: «Vuelve a casa. No saldrá bien. Soy diez años mayor que tú. Venimos de mundos diferentes».

Entonces follamos. «Bueno, quédate», dijo. Así que me hice pasar por profesor de submarinismo y conseguí un empleo en el Hotel La Concha, a pesar de que no había buceado en la vida. Me tiré un fin de semana metido en la biblioteca leyendo cuanto encontré sobre el tema. Durante los dos o tres primeros meses enseñé a bucear a unas doscientas personas, sin haberme puesto aún las bombonas ni una sola vez.

MARILYN CHAMBERS: El viejo fotógrafo era asqueroso. Era repugnante. ¡Un tío de setenta años intentando echarse encima de mí! Yo no hacía más que salir corriendo, gritando «¿Pero qué hace? ¡Lárguese de aquí!».

Cuando terminamos la sesión, me dijeron que tardarían unos dos años en sacar las nuevas cajas con mi foto en ellas. Contesté: «Pues vale».

HARRY REEMS: Era temporada alta en Puerto Rico y de repente se abrió la veda: Hank Aaron, Mike Seiderhaud —el campeón de esquí acuático— y Tom Weiskoff —el ganador del Open de golf— llegaron para rodar unos anuncios para la marca de cereales Wheaties, y uno de los agentes locales consiguió meterme en el ajo.

En el anuncio del esquí acuático, se suponía que Mike Seiderhaud debía caerse. Sin embargo, fui yo el que se llevó el golpe, haciendo de doble. Tras el chapuzón, se me pudo ver en primer plano, entre otros extras en las gradas, gritando: «¡EH, SEIDERHAUD, NO TE HAS COMIDO LOS WHEATIES!». También pude intervenir en el anuncio de Hank Aaron. Cuando Aaron le falla a la pelota y corta el aire con el bate, se me puede ver otra vez en las gradas, abucheando y gritando: «¡EH, AARON, NO TE HAS COMIDO LOS WHEATIES!».

FRED LINCOLN (ACTOR, DIRECTOR Y PRODUCTOR PORNO):

Llegué al porno haciendo anuncios para televisión. Estaba grabando uno para Benson & Hedges con otro tío, Paul Matthews. Es en el que se me ve tumbado en un flotador, en una piscina, fumando Benson & Hedges; me giro para ver a una chica en bikini y el cigarrillo revienta el flotador y caigo al agua. El mensaje era, pues eso, hasta qué extremos llegaba la gente para fumarse uno de aquellos cigarrillos extra largos. Mientras esperábamos en el plató, Paul y yo nos dedicamos a hablar sobre chicas, hasta que me preguntó si quería participar en una película de folleto.

Para ser sincero, llevaba años soñando con que algún día se me acercara alguien y me dijera: «Eh, chaval, ¿quieres salir en una película de folleto?».

SHARON MITCHELL: Larry me pegó e inmediatamente recordé lo que había pasado entre mis padres. Mi padre golpeó a mi madre una vez y no hicieron falta más. Mi madre dijo: «se acabó». Porque una vez has cruzado esa raya, ya no hay nada que hacer. En serio, garantizado que eso no hay quien lo arregle. Lo que tienes que hacer es dejarle y seguir con tu vida porque, todas esas estupideces de que van a cambiar y de que no volverán a hacerlo, nunca son ciertas.

Larry estaba loco de remate. Una vez le vi romper una ventana de un cabezazo. Le gustaba aterrorizarme, como por ejemplo pisando el acelerador al máximo cada vez que iba con él en el coche a la vez que gritaba: «¿Quieres que lo haga? ¿Quiere que lo haga?». Puro abuso.

Eventualmente, Larry acabó por suicidarse. Quizá unos ocho años después de que nos hubiéramos divorciado. No me siento nada responsable.

MARILYN CHAMBERS: Después de graduarme en el instituto, empecé a salir con un chico, Patrick, que era actor y modelo. En aquellos tiempos no todos eran gays, ja, ja, ja. Un día me preguntó: «¿Quieres ver cómo se hace una película de verdad?». «¡Sí!», contesté. «¡Me encantaría!».

Patrick hacía de doble de Robert Klein o de George Segal en la película *El búho y la gatita*. Así que fuimos al plató. Yo llevaba conmigo mi pequeño portafolio. Me quedé a un lado mirando, muy nerviosa pero muy intrigada, en plan: «¡Uauh, esto es lo que quiero hacer yo!».

HARRY REEMS: Los anuncios de Wheaties dejaron suficiente dinero en Puerto Rico como para que pudiera dedicarme a la buena vida. Llevé a Assie a cenar, a beber vino y a los casinos. Luego me largué durante una semana y me ventilé casi toda la pasta. Y a un montón de chavalas. Cuando volví arrastrándome a casa, Assie se puso hecha un auténtico ciclón: entran en escena los típicos celos latinos y los berrinches.

«Si te hago la cena, más te vale estar aquí a tu hora. Esas putas con las que vas, ¿ellas también te dan de comer?».

Le tenía mucho cariño. Y me encantaba lo mucho que me cuidaba. Pero finalmente tuve que reconocer que Assie tenía razón: veníamos de mundos diferentes.

MARILYN CHAMBERS: Estando en el plató, vi a Barbra Streisand montar un buen berenjenal. Se portó como una niña malcriada. No me gusta decirlo, pero es que fue horrible. Una auténtica bruja. Pero con *todo* el mundo.

Ray Stark producía y Herbert Ross era el director. Así que Ray Stark se dio un paseo por el plató, se acercó a mí y me preguntó: «¿Eres actriz?».

«¡Oh, sí!», le respondí. «¡Por supuesto!».

«Verás», me explicó, «estamos buscando a una chica para que interprete el papel de novia de Robert Klein. ¿Te interesaría hacer una prueba?».

«¡Me encantaría!».

HARRY REEMS: De regreso en Nueva York, tuve que volver a luchar por

mantenerme a flote. Conseguí un par de anuncios más (Ballantine Ale, JC Penney, Dickies, una marca de papel de váter), pero eran anuncios de prueba que a veces ni llegaban a emitirse y de algún modo me estaba gastando el dinero más rápido de lo que lo estaba ganando.

GEORGINA SPELVIN: Monté mi propio estudio de montaje en West Village. Lo llamé The Pickle Factory y trabajamos en muchas películas alternativas. Estaba muy metida en el movimiento pacifista. Lo que realmente me interesaba a finales de los sesenta, primeros de los setenta, era realizar películas revolucionarias y acabar con el hambre en el mundo.

Al principio nos las veíamos y nos las deseábamos para pagar el alquiler del local, así que dije: «Vale, ya estamos otra vez a final de mes y volvemos a estar pelados. ¡Tenemos que ganar algo como sea!».

Así que compré todas las revistas del gremio —*Showbiz y Casting Call*— y llamé a todo el mundo que estuviera realizando pruebas de pantalla. En aquel momento, se llevaban mucho las pelis picantes, de tetas y culos. Yo siempre les decía: «Sé que no soy lo que están buscando, pero sé enrollar cables y preparar café. Y necesito trabajo. ¿Necesitan algo, lo que sea?».

Y, efectivamente, encontré a uno que me dijo: «Bueno, necesitaríamos a una persona para que se encargue de buscar localizaciones».

«Eso está hecho», le dije. «¿Qué es lo que necesitan?».

Y así empecé a labrarme una reputación de persona capaz de solucionar problemas. Lo siguiente que supe es que me estaban llamando para llevar repartos.

MARILYN CHAMBERS: Ray Stark me coge de la mano; tiene setenta y tantos —no sé qué pasa que a todos los viejos les gusta, ja, ja, ja— y me conduce al piso de arriba, a una habitación llena de chicas, todas ellas esperando para hacer la prueba. Así que me siento pensando: «Ya, claro. Ni de coña voy a conseguir el papel».

Me llaman, me encuentro a un montón de gente sentada alrededor de una mesa, me hacen algunas preguntas, vuelvo a salir y al rato vienen y me dicen: «Es tuyo».

Y yo: «¿Qué?! ¿Es una broma?!».

Fue como ser descubierta en Schwab's Drugstore³.

3. Célebre local originalmente situado en Sunset Boulevard, Los Ángeles, considerado desde los años treinta y hasta los cincuenta como uno de los puntos de encuentro básicos para las estrellas de Hollywood.

HARRY REEMS: Estaba arruinado. Había tenido que pedir pequeños préstamos para poder pagar el alquiler y la factura del teléfono. Así que le hice una pregunta a un amigo que estaba en la National Shakespeare Company: «¿Sabes cómo puedo ganar algo de dinero rápido?».

«Sí», me dijo, «si consideras 75 dólares dinero».

«Pues claro que considero 75 dólares dinero», le dije.

«Puedes ganar 75 dólares al día haciendo películas guarras», me dijo.

¡Películas guarras! ¿Estaba de coña? ¿Cómo afectaría eso a mi incipiente carrera como actor legítimo?

Así que le dije: «Gracias, pero no, gracias».

JAMIE GILLIS (ACTOR PORNO): Conducía un taxi un par de días a la semana y por las noches interpretaba a Shakespeare con la Classic Stage Company en Manhattan. Conducir un taxi por días es un trabajo brutal. Me despertaba al amanecer, manejaba el taxi durante doce horas seguidas y luego me pasaba la noche interpretando a Shakespeare. Una paliza.

MARILYN CHAMBERS: Así que me llevaron de vuelta al plató de *El búho y la gatita*. Me desvistieron y me metieron en la cama con Robert Klein. Se suponía que debía quedarme en *topless*, pero Barbra Streisand dijo: «Ni hablar».

Luego rodamos una escena en la que tenía que acompañarle a la puerta y salir del apartamento. Necesité dos o tres días para rodarla de lo nerviosa que estaba. Pero así es como conseguí mi carné del sindicato de actores. Y así es como me mudé a la ciudad, encontré mi primer piso —en la calle Treinta y tres con la Tercera— y empecé a ir a clases de arte dramático.

ERIC EDWARDS: Unos seis meses después de haber enviado la foto al anuncio de *Screw*, recibí una llamada. Un tipo me dijo: «¿Puedes hacerlo? Estamos teniendo problemas con el tipo que se suponía que debería estar resolviéndolo ahora mismo».

«Claro, tío», le dije. «No hay problema, mi mujer y yo estamos muy liberados». Colgué el teléfono y de inmediato me eché a temblar. No hacía más que pensar: «Oh, Dios mío, voy a hacerlo. ¿Seré capaz de cumplir?».

JAMIE GILLIS: Estaba echando un vistazo a los clasificados del *Village Voice*, a ver si encontraba algún otro trabajo además de lo de llevar el taxi, cuando en la lista de empleos a tiempo parcial vi algo por el estilo de «modelo» o «modelo para desnudos». Nunca se me hubiera ocurrido buscar algo así, pero parecía lo suficientemente sencillo.

Así que llamé al tío y me dijeron que fuera a un sucio sótano en la calle Catorce, justo al lado de una funeraria. Había un colchón en el suelo y un tío de pelo largo con pinta de hippie, vestido con un mono, me dijo: «Voy a hacerte una foto».

HARRY REEMS: Entonces recibí una carta del banco amenazando con denunciarme si no empezaba a hacerme cargo de los pagos, así que le pregunté a mi amigo si lo de la peli guarra seguía en pie.

JAMIE GILLIS: El tío me sacó una Polaroid en blanco y negro y, efectivamente, me llamó para que grabara una bobina. Y así es como empecé a trabajar para Bob Wolfe.

FRED LINCOLN: Seguía grabando anuncios publicitarios y participando en obras teatrales, pero cuando Paul Matthews me pidió que participara en aquella primera película de folleteo, le pregunté: «Bueno, ¿y con quién tendría que trabajar? ¿Cómo es la chica?». Supuse que lo único que podrían conseguirme sería un callo.

«Oh, he quedado con ella esta noche para conocerla», dijo Paul. «Tomaremos un par de copas. Apúntate, si quieres. Se llama Utta. Es alemana».

Efectivamente fui a conocerla y... Dios mío, era preciosa. Una auténtica belleza: alemana, rubia, grandes tetas. «Hostia puta», dije. «¿Y cuánto me vais a pagar por esto?».

Paul dijo: «Cien dólares».

«¡Soy el tío más afortunado del mundo!», pensé.